

## *Testimonios urbanos de antaño*

---

# **BARRIO ESCALANTE**

*De la pulpería La Luz 500 m al norte y 100 al este...*

Era esta la dirección de la primera casa en que viví con mis padres y mi hermana, en ese barrio que recuerdo con gran alegría y cierta nostalgia.

Ahí pasé una parte muy importante de mi vida. Con frecuencia, cierro los ojos y veo la primera casa en la esquina donde terminaba la calle pavimentada—la palabra primorosa le queda como anillo al dedo—, de una sola planta, con el estilo que respetaba todos los cánones de la arquitectura colonial. Tenía un hermoso jardín adelante y otro atrás.

En esa época de nuestra infancia, mi hermana y yo disfrutábamos de la presencia de nuestros padres, abuelos, tíos, primos, amigas lindísimas con las que jugábamos todos los días. Si no me equivoco a los cinco años nos pasamos de casa y, al nacer mi hermano, nos mudamos de nuevo a una casa grande muy hermosa, pero su arquitectura no era colonial. Por esas fechas se empezaban a construir las casas modernas. En ese momento yo tenía más edad y recuerdo muy claramente el barrio. Empiezo por contar que era un barrio semi-privado donde vivía toda la gente conocida de mis papás, se trataba de familias con hijos que a la vez eran nuestros amigos.

¡Qué libertad con la que vivíamos! En las vacaciones de tres meses, la única regla que debíamos respetar era desayunar a las 7 de la mañana, a la usanza de aquel tiempo, toda la familia junta y luego para la calle a encontrarnos con la tropa de chiquillos, para andar en bicicleta, en patines o en el scooter rojo que empujábamos con un pie a toda velocidad. Aún conservo una cicatriz en la rodilla, producto de un accidente gravísimo que tuve al montarme en ese artefacto hoy en desuso y olvidado.

En nuestra infancia nunca tuvimos problema con los carros. Los automóviles que circulaban eran todos de nuestros padres y por tal motivo, se respetaban las vías y conducían despacio. Todos los conductores sabían que nosotros, los niños de entonces, muchas veces corríamos desenfrenados y nos brincábamos los altos... después la regañada que nos daban. Pero sí, fueron padres muy cuidadosos.

A las 12:00 a.m., nosotros corríamos para llegar puntuales a la casa cuando regresaba papá. Debíamos lavarnos las manos y sentarnos a la mesa y guardar silencio, en esa época solo hablaban los mayores, los niños debíamos silenciarnos por

**Lorena Lines**

**Saborio**

Pintora y escritora.  
lorenalines@yahoo.com



respeto. En la tarde, nos quedábamos en la casa y leíamos, pintábamos y yo, a clases de acordeón (eran lecciones aburridísimas, el maestro se dormía siempre). Mi madre, como a las cuatro de la tarde se iba a visitar a mi abuela Eva, nosotros también la visitábamos. Todo el trayecto lo hacíamos caminando. La saludábamos con gran respeto, le dábamos un beso y punto y seguido salíamos por el barrio a ver quién andaba suelto para jugar escondido hasta la hora de cenar. Como a las 8 de la noche aparecía algún amigo a conversar de política o simplemente de visita y nosotros a jugar *ping pong*, cartas o cualquier juego que se nos ocurriera. A las generaciones de hoy les parecerá imposible pensar cómo podíamos vivir sin computadora o sin televisor, pero nunca carecimos de imaginación, más bien nos sobraba y, tanto de día como de noche, los juegos como *rayuela*, *quedó*, *policías y ladrones*, *monópoli*, *bate*, *tiqui ball*,

*punto al tarro*, *cuartel inglés* y muchos más que ahora no recuerdo, nos hacían pasar ratos divertidísimos. Estos juegos que ahora menciono representan para las nuevas generaciones un mundo incomprensible, es como si se les hablara en chino.

Otro entretenimiento frecuente era irnos a los potreros de paseo. Precisamente donde hoy es el Barrio Dent, nos obligaban a llevar a los hermanos menores para deshacerse de ellos por un rato, pero en realidad no nos estorbaban, la aventura era tal, que ahí todo era válido, atravesar la acequia, que para nosotros era como jugarse la vida, además, pasábamos por debajo los alambres de púa sin herirnos y eso era un triunfo. También solíamos pasar un rato acostadas en la hierba fresca mirando el cielo y respirando aire puro, (no contaminado). Durante el paseo era usual que nos tomáramos una lata de leche condensada entera, sin pensar en que se nos subía el azúcar. Conversábamos todo el tiempo y poco a poco descubríamos los secretos de la vida que, en verdad, eran un privilegio.

Además, la lectura nos llevaba por mundos maravillosos, por lugares que ni sabíamos dónde quedaban, pero nuestra imaginación volaba libre y en todas direcciones, no teníamos barreras. Aquí debo contarles que al volver de la escuela y aún del colegio, mi amiga y vecina Stella G. y yo, pedíamos permiso para ir a la pulpería de don Héctor Murillo para comprarnos chocolates Gallito y pastillas de violeta. La calle entonces era de lastre y con los aguaceros se lavaba e iba dejando unos surcos profundos, los cuales nos servían a la perfección para nuestros juegos, éramos gigantes que pasábamos por encima de aquellos ríos caudalosos, mientras nos abríamos campo para llegar por nuestras golosinas, sin aplastar a ningún habitante de aquel país lleno de enanos. Y de vuelta, ya con nuestro botín en las manos, perdíamos un poco la concentración y aplastábamos a más de uno.

La lectura también nos hacía suspirar de amor, soñar con príncipes que algún día llegarían a darnos un beso, nos casaríamos y seríamos felices para siempre. También nos enamorábamos platónicamente de algún protagonista, en mi caso fue del joven Laurie de la novela *Mujercitas*. Ya que en el amor sí teníamos rejas de verdad —nuestros padres eran muy estrictos— y aquello de tener novio, era prohibido, aun así nos las ingeniábamos para tenerlo y dejar que de vez en cuando (más de vez que de en cuando), nos robaran algún beso, por supuesto al día siguiente íbamos a confesarnos, las monjas de Sión nos enseñaron que eso era pecado mortal.

Otra costumbre muy conveniente para los papás eran los barrios, (fiestas) que se realizaban en las casas de gente conocida, este era un detalle importantísimo, pues hacía que pudiéramos ir chicos y chicas de todas las edades. Además, cabe aclarar que a todas las fiestas teníamos que ir acompañadas por *la chaperona*. Estas ‘cuidadoras’ eran mamás que hacían el sacrificio pavoroso de irnos a cuidar mientras los papás tenían total libertad de acción.

Conforme crecíamos, en las tardes nos reuníamos después del colegio en la esquina de los Rojas a conversar y a empezar a ver quién nos gustaba y a quién le gustábamos nosotras, conste que nunca coincidíamos, salvo en muy raras excepciones. Así siguió mi vida en aquel lugar de cuento, crecí, tuve novio formal, fui a estudiar a los Estados Unidos, regresé, me casé y tuve hijos, quienes también crecieron en el barrio, compartieron ahí con sus primeros amigos y, puedo decir que en esos años, en el Barrio Escalante se podía vivir y transitar con bastante libertad, en comparación con nuestros días, cuando esto ya no es posible.

Al contarles parte de mi historia, les fui narrando como era la vida en aquel Barrio Escalante que todavía añoro, en el cual fuimos todos felices sin darnos cuenta, ya que no podíamos sospechar que aquello se iría acabando hasta convertirse en un barrio repleto de bares, de restaurantes, de ruidos, de carros y de oficinas.

Esta transformación del barrio se inició en forma paulatina cuando en la década de los setenta se abrieron varias calles, una para salir al Automercado y la otra para dirigirse a la Universidad de Costa Rica. Todavía quedan algunas casas de habitación con gente que se niega a abandonar aquel barrio que fue tan especial... ¡Qué nostalgia siento por el San José en donde crecí, en el que disfrutábamos con cosas simples, con una sonrisa franca, un abrazo solidario, con la confianza puesta en los que estaban a nuestro alrededor; para nosotros, los de entonces, el valor se sustentaba en valer y no en tener!

Hoy me siento como un ser que bajó de una galaxia lejana a un mundo nuevo en el cual soy totalmente ajena a sus habitantes y costumbres.



